



CFI-TOR Asamblea General 2013

**RADICADOS EN CRISTO, ANIMADOS POR EL ESPÍRITU,
¡VAMOS... TRANSFORMEMOS EL MUNDO!**

Conferencia Franciscana Internacional de los Hermanos y Hermanas de la Tercera Orden Regular
Asís, Italia, 26 de abril de 2013

*Hna. Elena Bosetti, sjbp – Profesor de Sagrada Escritura
en la Pontificia Universidad Gregoriana, Roma*





CFI-TOR Asamblea General 2013

Voy a articular mi intervención en torno a las cuatro formas verbales que aparecen en el título: radicados, animados, vamos y transformemos. Voy a intentar profundizar en estos tiempos verbales desde un punto de vista bíblico, con especial atención a la espiritualidad franciscana.

1. RADICADOS EN CRISTO

La expresión “radicados en Cristo” es sin duda muy intensa y sintetiza a la perfección la teología paulina de la inserción en Cristo (*en Christō*) ampliamente desarrollada en la carta a los Romanos. Sin embargo, el participio “radicados” (*errizōménoi*) es muy poco frecuente, ya que solo aparece dos veces en el NT. El texto más afín es la carta a los Colosenses en la que el Apóstol exhorta a los creyentes a caminar en el Señor Jesús, “radicados en él y edificados sobre él” (Col 2,7). En Efesios 3, 17 encontramos una expresión similar: “radicados y cimentados” (Ef 3,17).

Estos son los dos únicos pasos neo-testamentarios en los que aparece el verbo *rizōō* (radicar) y en ambos casos cabe destacar la aparición de dos metáforas bíblicas: la de plantar y la de construir¹. Cristo es el único cimiento en el que se radican y sobre el que se edifican los creyentes.

Estar “radicados” significa tener las raíces bien plantadas². Un árbol con raíces frágiles se desploma con el primer huracán, sin embargo, un árbol como la encina, con raíces profundas y fuertes, se desplomará con mucha más dificultad. Además, las raíces tienen la función de alimentar, puesto que absorben los nutrientes de la tierra para alimentar a la planta.

La radicalidad de la que hablamos es por lo tanto más profunda y más necesaria que el sentido ético que solemos atribuir a este término. Antes que la *radicalidad* entendida como el valor de llevar a cabo elecciones totales y definitivas, razón por la que se habla de elección *radical*, de vida consagrada como “respuesta radical” (Exhortación apostólica *Vita Consecrata*, n. 14), encontramos la radicalidad referida a las **raíces nutritivas del ser**. Nosotros nos encontramos aquí para profundizar y revitalizar esta radicalidad fundamental. Y todo esto porque solo si las raíces son fuertes y capaces de absorber la savia vital, florecerán hombres y mujeres *radicales*, capaces de demostrar una auténtica *radicalidad* evangélica y franciscana.



CFI-TOR Asamblea General 2013

Con este objetivo adelante una triple radicación en Cristo:

- raíces bíblicas
- raíces místico-sacramentales
- raíces ecuménicas, cósmicas

1.1. Raíces bíblicas

Estar *radicalizados en Cristo* comporta una radicación fundamental en la palabra de Dios. Cristo es la Palabra viva del Padre, el Verbo encarnado, el Verbo “salido del silencio”, siguiendo la preciosa expresión de s. Ignacio de Antioquía. “Dios se nos da a conocer como misterio de amor infinito en el que el Padre expresa desde la eternidad su Palabra en el Espíritu Santo” (*Verbum Domini*, 6).

Esta Palabra se ha ido revelando progresivamente en la creación y en la historia salvífica atestiguada por las Sagradas Escrituras. El Antiguo Testamento contiene al Nuevo y el Nuevo desvela completamente el Antiguo, tal y como promulga el Concilio Vaticano II (*Dei Verbum*, 16).

El propio Jesús se convierte en intérprete de su misterio contenido en las Escrituras. Así pues, ¿qué hace el Resucitado en el camino que lleva de Jerusalén a Emaús? Les desvela a los dos discípulos que se preguntan desconcertados sobre “lo que había ocurrido” el sentido cristológico de las Escrituras, afirmando que Moisés y los Profetas hablan de Él, de su pascua de muerte y resurrección (Lc 24,25-27). Pablo declara que todas las promesas de Dios encuentran en Cristo su Amén, el “sí” completo y definitivo. “El Hijo de Dios, Jesucristo, que predicamos entre vosotros — les escribe a los Corintios— no fue “sí” y “no”, en él siempre ha sido “sí”. Todas las promesas que ha hecho Dios son “sí” en Cristo. Así que por medio de Cristo respondemos “Amén” ¡para gloria de Dios Padre!” (2Cor 1,19-20).

Sabemos lo apasionado que Francisco de Asís era de las “olorosas palabras del Señor” (*Carta a los fieles*, FF 180). Sus escritos están impregnados por la Palabra³, aunque más que sus escritos era su propia vida la que estaba imbuida del Evangelio. Del Evangelio radical, *sine glossa*. Con esta perspectiva, ¿cómo podemos revitalizar las raíces bíblicas de nuestra identidad cristiana y franciscana? ¿Nos resulta familiar la práctica de la Lectio divina y la lectura oral de la Palabra?



CFI-TOR Asamblea General 2013

1.2. Raíces místicas

La radicación en Cristo es de naturaleza “mística” en el sentido más profundo de este término que indica el *mystērion* (en latín *sacramentum*). Estamos radificados en Cristo a través del Bautizo. “¿Acaso no sabéis —escribe Pablo a los Romanos— que por este bautismo en su muerte fuimos sepultados con Cristo, y así como Cristo fue resucitado de entre los muertos por la Gloria del Padre, así también nosotros empezamos una vida nueva?” (Rom 6,4).

A través del bautismo nos introducimos en una dimensión unitiva inesperada, con un aire “místico”⁴. Por lo tanto, para cada persona bautizada es válido lo que Pablo dice de sí mismo: “Y ahora no vivo yo, es Cristo quien vive en mí” (Gál 2,20)

Del Bautismo a la Eucaristía, de la radicación al alimento, para que el Cristo permanezca dinámica y vitalmente en nosotros y nosotros en Él: “el que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí, y yo en él” (Jn 6,56). La radicación en Cristo es una condición *sine qua non* para obtener frutos, tal y como destaca la metáfora de la vid y los sarmientos. Dice Jesús: “Yo soy la vid y vosotros los sarmientos; el que permanece en mí, y yo en él, ese da mucho fruto” (Jn 15, 5).

En la espiritualidad franciscana las raíces místico-sacramentales son sin duda muy robustas. En el misterio de la Eucaristía, Francisco contemplaba la prolongación de la encarnación y de la pasión del Señor, el abismo de humildad de Dios: “¡Oh sublime humildad! ¡Oh humilde sublimidad que el Señor del mundo, Dios e Hijo de Dios, de tal manera se humilla, que por nuestra salvación se esconde bajo una pequeña forma de pan! Ved, hermanos, la humildad de Dios y derramad ante él vuestros corazones; humillaos también vosotros para que seáis ensalzados por él. Por consiguiente, nada de vosotros retengáis para vosotros, a fin de que os reciba todo enteros el que se os ofrece todo entero”. (FF 221)

1.3. Raíces ecuménicas, cósmicas

Estar **en** Cristo significa ser partícipes de la nueva creación, tal y como escribe el Apóstol a los Corintios: “Toda persona que está en Cristo es una persona nueva” (2Cor 5,17). Esta **novedad** radical abre nuevas dimensiones ilimitadas, ecuménicas y cósmicas.



CFI-TOR Asamblea General 2013

En primer lugar, se trata de raíces ecuménicas porque Cristo Jesús dio su vida para “reunir a todos los hijos de Dios que se hallaban dispersos”. Además, la radicación en Cristo implica una dimensión cósmica. Pablo escribe a los Romanos: “Y es que la creación entera gime y sufre dolores de parto” (Rom 8,22).

Opino que es significativo el hecho de que la expresión “radicados” en Cristo provenga de la carta a los Colosenses que presenta claramente una concepción cósmica (Col 1, 15-20). Cristo es el Señor del cosmos, el *Pantokrator* al que todo está sometido. Él es “la cabeza del cuerpo”, la Iglesia, sin dejar de abrazar el cosmos⁵. Cristo es aquel gracias a quien todo fue creado, en el que todo se ha reconciliado y hacia quien todo se reconduce en unidad. Dios “quiso que '**el todo**' se encontrara en él y gracias a él fuera reconciliado con Dios” (Col 1,19-20).

Con este fondo emerge brillante la figura de Francisco que en sus alabanzas al Altísimo le da voz a toda la creación. Elogia la **belleza** del cosmos y, más radicalmente, experimenta y canta a la fraternidad con todas las criaturas. Cabe destacar que Juan Pablo II eligió la ciudad de Asís para el encuentro interreligioso. Francisco, hermano universal invita al diálogo con todo el mundo (creyentes o no).

2. ANIMADOS POR EL ESPÍRITU

Bautizados “en un solo Espíritu” (1Cor 12,13), somos llamados a ser plenamente hombres y mujeres del Espíritu, que se dejan guiar y animar por el Espíritu.

El Espíritu siempre da vida, al igual que el soplo (*ruah*) que Dios realizó en la nariz de Adán (Gén 2,7). Gracias al Espíritu somos partícipes de la propia vitalidad del Resucitado que, por decirlo de alguna manera, se 'trasvasa' dentro de nosotros, porque “Dios va derramando su amor en nuestro corazón por el Espíritu Santo que nos ha dado” (Rom 5,5).

Estar animados por el Espíritu significa vivir del Espíritu y, por lo tanto, “caminar”, actuar y comportarse dejándonos “guiar por Espíritu” (Gál 5,25). El Espíritu que hemos recibido es un espíritu de libertad y de fraternidad.



CFI-TOR Asamblea General 2013

Pablo escribe a los Romanos: “No recibisteis un espíritu que de nuevo os esclavice al miedo, sino el Espíritu que os adopta como hijos y os permite clamar: “¡Abba! ¡Padre!”. El espíritu asegura a nuestro espíritu que somos hijos de Dios” (Rom 8, 15-16).

Ahora adelanto los tres aspectos en los que se podría profundizar en los trabajos en grupo:

- la ley del Espíritu
- la libertad de espíritu y la libertad en el Espíritu
- un solo Espíritu, innumerables carismas

2.1. La ley del Espíritu

La existencia cristiana está guiada por una única ley, la del Espíritu: “la ley del Espíritu que da vida **en** Cristo Jesús (*en Christō Iēsou*) me ha liberado de la ley del pecado y de la muerte” (Rom 8, 1-2). Pablo llama al principio liberador “ley del Espíritu que da vida” (*to pneûma tes zōēs*), expresión única en el NT.

Un sistema de vida con connotaciones negativas (la ley del pecado) viene sustituido por otro con valoración positiva (la ley del Espíritu). Tal y como habían anunciado los profetas Jeremías y Ezequiel: “Pondré mi ley en su interior, la escribiré en sus corazones” (Jer 31, 33); “Les daré un corazón nuevo y pondré dentro de ustedes un espíritu nuevo. ...Pondré dentro de ustedes mi Espíritu y haré que caminen según mis mandamientos” (Ez 36, 26-27).

El Espíritu es la nueva Ley, que ya no está escrita en tablas de piedras sino en las tablas del corazón. Bajo la perspectiva paulina, el hecho de que el Espíritu de Dios habite en nosotros significa que tenemos “el Espíritu de Cristo” (Rom 8,9). Y por lo tanto, que tenemos los mismos sentimientos que Cristo Jesús (Fil 2,5), la misma manera de pensar, valorar y actuar.

El Espíritu es como el viento, dice Jesús (Jn 3,8). Sopla y nos lleva hacia donde quiere, nos guía hacia la plenitud de la verdad (Jn 16, 13), actualiza el Evangelio de Jesús y lleva sus palabras a la memoria del corazón. Siempre es exquisitamente evangélica la enseñanza del Espíritu. Su fruto solo puede ser amor y paz. “El fruto del Espíritu es caridad, alegría, paz, comprensión de los demás, generosidad, bondad, fidelidad, mansedumbre y dominio de sí mismo” (Gál 5,22).



CFI-TOR Asamblea General 2013

2.2. Libertad de espíritu y libertad en el Espíritu

En el mundo contemporáneo se aprecia mucho la “libertad de espíritu”, entendida como una dimensión interior que caracteriza a la persona que no se deja condicionar por el poder dominante, por las modas o por la presión de su alrededor. Se admira la libertad de espíritu de aquellos que desafían la opinión pública, de aquellos que tienen la valentía de pensar por ellos mismos y de actuar consecuentemente. La libertad de espíritu lleva a algunas personas hasta el martirio y sin duda caracteriza a hombres y mujeres como Francisco y Clara de Asís.

Pablo conocía bien este tipo de libertad. De sus cartas emana una viva sensibilidad y una gran apreciación de la “libertad” tal y como se entendía en el ambiente cultural greco-romano. Pero Pablo conoce también otro tipo de libertad que podríamos llamar “libertad en el Espíritu”⁶. El espíritu nos hace libres de la propia libertad de Dios que es Amor. El Espíritu expresa y da el amor de Cristo, por lo que el Apóstol puede afirmar: “donde está el Espíritu del Señor hay libertad” (2Cor 3, 17).

Pablo no duda en encaminar a la joven iglesia por la senda del Espíritu —“¡No apaguen al Espíritu!” (1Tes 5, 19)— y, por otra parte, con el sano realismo que lo caracteriza, desenmascara una libertad ilusoria: “Nuestra vocación, Hermanos, es la libertad. No hablo de esa libertad que cubre los deseos de la carne, sino del amor por el que nos hacemos esclavos unos de otros” (Gál 5, 13). Él puede decir de sí mismo: “Sintiéndome libre respecto a todos con el fin de ganar a esa muchedumbre” (1Cor 9, 19).

La Primera Carta a Pedro, particularmente admirada por s. Francisco⁷, habla de una libertad que se expresa en el servicio, “sométanse a toda autoridad humana por causa del Señor” (1Pd 2, 13). El cristiano, por lo tanto, tiene “deuda de amor” con todos (Rom 13, 8).

2.3. Un solo Espíritu, innumerables carismas

La Iglesia que nace en el viento y en el fuego del Pentecostés aprehende en seguida que el Espíritu único es el alma de múltiples lenguas y carismas: “Y aparecieron unas lenguas como de fuego que se repartieron y fueron posándose sobre cada uno de ellos. Todos quedaron llenos del



CFI-TOR Asamblea General 2013

Espíritu Santo y comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les concedía que se expresaran” (He 2, 1-4).

El Espíritu es repentino y sorprendente, como un viento fuerte. Se manifiesta a través de lenguas de fuego que se posan sobre cada uno de los presentes, sobre los apóstoles y también sobre las mujeres, hermanos y sobre la madre de Jesús. Unas ciento veinte personas según He 1, 15. Estamos entre las paredes de una habitación, pero la manera en la que Lucas narra este acontecimiento evoca la gran teofanía del Sinaí (Ex 19, 16-19; Dt 4, 11-12). La palabra de Dios transportada por el viento del Espíritu es como **fuego**⁸. ¡El Señor Jesús vino a traer fuego a la tierra! (Lc 12, 49).

La Navidad de la Iglesia está marcada por una fuerte experiencia carismática: **on fire with the Spirit!** El Espíritu suscita profecías y cánticos, dinamismo vital y multiplicidad de carismas. “Hay diferentes dones espirituales —les escribe Pablo a los Corintios— pero el Espíritu es el mismo. Hay diversos ministerios, pero el Señor es el mismo. Hay diversidad de obras, pero es el mismo Dios quien obra todo en todos. La manifestación del Espíritu que a cada uno se le da es para provecho común. A uno se le da, por el Espíritu, palabra de sabiduría; a otro, palabra de conocimiento según el mismo Espíritu; a otro, el don de la fe, por el Espíritu; a otro, el don de hacer curaciones, por el único Espíritu; a otro, poder de hacer milagros; a otro, profecía; a otro, reconocimiento de lo que viene del bueno o del mal espíritu; a otro, hablar en lenguas; a otro, interpretar lo que se dijo en lenguas. Y todo esto es obra del mismo y único Espíritu, que da a cada uno como quiere”. (1Cor 12, 4-11)

Y como bien sabemos, el carisma viene dado para el bien común, para la edificación recíproca. Existe por lo tanto una estrecha conexión entre carisma y ministerio. El Apóstol Pedro escribe (en total sintonía con Pablo): “Que cada uno ponga al servicio de los demás el carisma que ha recibido, y de este modo serán buenos administradores (*oikonomoi*) de los diversos dones de Dios. Si alguno habla, que sean palabras de Dios; si cumple algún ministerio, hágalo con el poder de Dios, para que Dios sea glorificado en todo por Cristo Jesús. A él sea la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén” (1Pd 4, 10-11).



CFI-TOR Asamblea General 2013

Nada de pobres enfrentamientos que dan lugar a envidias y celos, nada de *soberbia carismática*. Por el contrario, debemos poner en marcha una dinámica de gratitud y responsabilidad, como buenos “administradores”⁹. El carisma de cada uno tiene que invertirse en el servicio del amor. Porque solo el amor construye y transforma el mundo.

3. VAMOS...

Vamos, este es el verdadero verbo de la misión, de la trayectoria evangélica y franciscana.

Del “yo voy” al “nosotros vamos”. El nosotros eclesiástico, el nosotros de la fraternidad.

Este “vamos” nos reconduce hasta los orígenes del Evangelio, al aspecto itinerante de Jesús con sus discípulos y discípulas. Lucas da fe de que Jesús estaba acompañado también por un grupo de mujeres itinerantes, *in primis* María Magdalena (Lc 8, 1-3).

Jesús estaba seguido por hombres y mujeres que compartían su modo de vida. Theissen habla de “carismáticos itinerantes”¹⁰. Esta expresión es muy adaptada incluso para los orígenes del franciscanismo. ¿No eran acaso carismáticos itinerantes Francisco y sus frailes? ¡Libres como los pájaros en el cielo, pobres y juglares como Jesús! Conquistados por el amor de Dios y fascinados por el Evangelio, deambulaban por los caminos del mundo anunciando la buena noticia con su propia vida.

El carácter itinerante pertenece por lo tanto al ADN del franciscanismo. Pero, ¿cómo debemos interpretarlo? “Vamos” no significa solo ponerse en marcha físicamente, es sobre todo un comportamiento del alma, un movimiento espiritual. Supone ese *ponerse en marcha* de quien decide libremente “seguir los pasos de Cristo”, donde quiera que viva, aunque sea en una celda o inmóvil por una enfermedad. No es casualidad que en el título de esta conferencia, el imperativo “vamos” esté seguido por unos puntos suspensivos (...) que yo interpreto no como un espacio vacío, sino como un indicador de modo, en armonía con las indicaciones que Jesús imparte a sus invitados (véase Mt 10, 7-13).



CFI-TOR Asamblea General 2013

De este modo:

- *Vamos*: en nuestra modo de vida, en nuestro ministerio, en la acción educativa, en el servicio socio-pastoral...
- *Vamos*: en la pobreza y sencillez, totalmente confiados a la providencia del Padre, en el amor recíproco, cuidándonos los unos a los otros.
- *Vamos*: con alegría y felicidad franciscanas.

En el contexto de la nueva evangelización, ¿qué implica este “vamos”?

4. ...¡TRANSFORMEMOS EL MUNDO!

El objetivo de este *ir* (mental, psicológico y espiritual antes que físico o virtual) lo expresa el último verbo, *transformemos*. Este es el significado de la misión evangelizadora, el de transformar el mundo. Algo que sin duda requiere mucho más trabajo que el simple hecho de predicar o enseñar.

Pablo les escribe a los Romanos: “No sigan la corriente del mundo en que vivimos, sino más bien **transformense** (*metamorphoústhe*) a partir de una renovación interior. Así sabrán distinguir cuál es la voluntad de Dios, lo que es bueno, lo que le agrada, lo que es perfecto” (Rom 12,2). La transformación (literalmente “metamorfosis”) de la que habla el Apóstol implica un proceso que afecta a todo el hombre, partiendo de la “renovación interior”.

Renovarnos interiormente —observa el condolido cardenal Carlo M. Martini— significa renovar la manera de ver la realidad. “Aquel que tiene la mente *transformada* ve el reino de Dios que actúa en el mundo y lee todo de manera positiva, optimista, capaz de justificar el don de sí mismo y el servicio gratuito”.¹¹

Se trata de una transformación que nunca se ha realizado completamente, de un proceso de gestación para que Cristo tome forma en nosotros: “*donec formetur Christus in vobis*” (Gál 4,19). Y en esta gestación está implicada toda la creación que “gime y sufre dolores de parto” (Rom 8,22).

¿Cómo podemos transformar el mundo entonces? En la segunda carta a los Corintios, el Apóstol habla de una transformación *luminosa* “todos llevamos los reflejos de la gloria del Señor...cada día con mayor resplandor, y nos vamos transformando en imagen suya, pues él es el Señor del espíritu” (2Cor 3, 18).



CFI-TOR Asamblea General 2013

Solo el fuego del Espíritu puede transformar. Solo el Amor puede transformar realmente el mundo. “El fuego de Dios es un fuego **que transforma**, fuego de pasión, por supuesto, que destruye muchas cosas en nuestro interior, que trae a Dios, pero sobre todo un fuego que **transforma**, renueva y crea una novedad en el hombre, que se convierte en luz de Dios” (Benedicto XVI, *Meditación en la apertura del Sínodo*, 8 de octubre de 2012).

¡Sólo en el fuego se siembra fuego! (Ol’ga Sedakova).



CONCLUSIÓN

Me gustaría concluir con un icono bíblico, el del diácono Felipe que, animado por el Espíritu (on fire with the Spirit), corre por el camino desierto por el que viaja el ministro de la reina de Etiopía.



CFI-TOR Asamblea General 2013

Debemos dejarnos conducir por el Espíritu por los caminos por los que anda el hombre. No importa si estos caminos nos parecen “desiertos”. Felipe no teme dejar la ciudad de Samaria, que abrazó con alegría el Evangelio (He 8, 5-8), para alcanzar a un hombre que viaja hacia los confines de la tierra.

“¿Entiendes lo que estás leyendo?”, le pregunta Felipe al ministro viajero (He 8, 30).

En el camino hacia Emaús, es el Resucitado el que conduce a los dos caminantes hacia el significado completo de las Escrituras, por otra parte, en el camino que desde Jerusalén va hacia Gaza es Felipe el que interpreta en sentido cristológico uno de los pasos más inquietantes de Isaías: “Como cordero, fue llevado al matadero; como oveja, enmudeció ante su trasquilador...” (Is 53, 7-8). Esta página habla de él y de nosotros, de Cristo que continúa con su pasión por el mundo...

“Mira, aquí hay agua. ¿Qué impide que yo sea bautizado?” (He 8, 36). Del anuncio del Evangelio al bautismo, señal transformadora, señal de la nueva creación, de la regeneración en Cristo.

“Apenas salieron del agua, el Espíritu del Señor arrebató a Felipe y el etíope no volvió a verlo” (He 8, 39). ¡Qué pena!, podríamos decir, justo cuando habían entablado una relación tan bonita y profunda... Sin embargo, el final de su encuentro no está marcado por la tristeza sino por una tremenda alegría. El Espíritu conduce a Felipe a otro lugar y el hombre regenerado en Cristo, lleno de felicidad, continúa su camino... ¡para transformar el mundo!

Hna. Elena Bosetti, sjbp



CFI-TOR Asamblea General 2013

NOTAS

¹ Las dos metáforas aparecen relacionadas también en la Primera carta a los Corintios, en la que Pablo afirma: “son el campo (*georgion*) de Dios y la construcción (*oikodomè*) de Dios” (1Cor 3,9).

² El verbo en griego *rizôô* “radicar”, deriva de *riza* (“raíz”). Ocurre lo mismo en latín, donde el verbo *radicari* deriva de *radix*, “raíz”.

³ Cfr. C. Paolazzi, *Lettura degli “Scritti” di Francesco d’Assisi*, Bibli. Franciscana, 2ed. Milán 2002.

⁴ Cfr. R. Penna, *Carta a los Romanos*, vol. II, EVD, 2012

⁵ E. Lohse, *Le lettere ai Colossesi e a Filemone*, Paideia, Brescia 1979, p. 120. Ya Filón de Alejandría presenta el *logos* que abraza el cosmos, lo llena y lo determina. Al igual que el cuerpo del hombre necesita las directivas y la guía del jefe, el “cuerpo” (*sôma*) necesita al cosmos.

⁶ Cfr. U. Vanni, *La plenitud en el espíritu*. Una propuesta de espiritualidad paulina, San Pablo, Madrid, 2006.

⁷ Son numerosas (por lo menos 13) las referencias de 1Pedro en los escritos de Francisco. Pero más que la cantidad, lo que llama la atención es la calidad. O. Van Asseldonk afirma “La importancia de las Cartas de san Pedro como fuente de inspiración bíblica para san Francisco es muy evidente. En particular, el cap. 2 de la Carta primera fue una cantera de ideas evangélicas de la que el Santo se aprovechó ampliamente”. *Las Cartas de San Pedro en los Escritos de San Francisco*, *Selecciones de Franciscanismo*, vol. IX, n. 25-26 (1980) pp. 111-120.

⁸ Cfr. E. Bosetti, *Come lingue di fuoco*. Comunicare la Parola secondo gli Atti degli Apostoli, San Paolo, Cinisello Balsamo (Milán) 2009.

⁹ Cf. E. Bosetti, *Prima lettera di Pietro. Introduzione e commento* (Dabar-Logos-Parola) EMP, Pádua 2010, pp. 165-184.

¹⁰ G. Theissen, *El movimiento de Jesús*, Sígueme, Salamanca 2005.

¹¹ C. M. Martini, *La transformación de Cristo y del cristiano a la luz del Tabor*, Sal Terrae, 2012.